



Día Veinticinco "LILAS"

En prenda, "oh Niña", de fervor sincero
Hoy te ofrezco estas lilas perfumadas,
Son emblema de amor, de amor primero
Y por eso a ti quedan consagradas.



MISIONEROS DE LA
NATIVIDAD DE MARÍA

Al pueblo de Israel en el desierto milagroso
maná lo alimentaba; sin ese dón de Dios hubiera
muerto la gente que a Moisés acompañaba.

Antes que el sol brillara, cual rocío, del cielo
descendía lluvia bendita, que el Señor
bondadoso, dulce pío, enviaba en vez de pan al
israelita.

A su necesidad nada faltaba; tuvieron agua de la
roca dura; y sin embargo, el pueblo suspiraba por
sus ollas de Egipto; ¡qué amargura!

Siempre se manifiesta ingrato el hombre a los
favores que le otorga el cielo, terrible
ingratitude; no tiene nombre, pero es herencia en
nuestro triste suelo.

Es legado de Adán; su descendencia tuvo que ser
rebelde, dura, ingrata; el castigo a su falta de
obediencia en sus enfermos hijos se retrata.

Pero Dios siempre noble y generoso, por amor, el
ultraje pronto olvida, y abriendo el mar de su
bondad, ansioso nos da paso y defiende nuestra
vida.

El enemigo sin cesar nos cerca; es poderoso y la
victoria ansia, mas cuando ve el Señor que ya se
acerca, hunde sus fuerzas en la mar bravia.

No tenemos nosotros, desterrados, al cruzar el
desierto de la vida, que envidiar a los hijos
regalados en busca de la tierra prometida.

Ellos tuvieron a Moisés por guía en aquellos
desiertos arenales, y nosotros tenemos a María,
defensora y sostén en nuestros males.

Ellos probaron celestial sustento, se
alimentaron del maná bendito; nosotros al
Augusto Sacramento y en él al mismo Dios, al
Infinito.

La vara de Moisés tocó la roca y brotó el agua de
la piedra esquiva/ nosotros, al secarse nuestra
boca, encontramos raudales de agua viva.

Del agua aquella que el divino Esposo ofreció a la
gentil Samaritana; del agua bienhechora que el
repose nos ofrece el día de hoy y el de mañana.

En la roca de Horeb, raro portento se obró, para
los míseros mortales; en la roca del Gólgota
sangriento se obraron maravillas a raudales.

Por eso, hermosa y celestial María, te aclamamos
a tí por Soberana. Fuiste ahí Madre bondadosa y
pía, cuando se obró la redención humana.

Tú nos diste el Maná que diariamente nos
infunde valor, nos da la grada; tú eres la limpia y
generosa fuente donde su sed el peregrino sada.

Tú nos ofreces con tu amor per guía indicarnos la
senda que va al délo, tierra de promisión.

¡Dulce María!

¡Tierra de bendiciones y de consuelo!

Tú nos señalas con tu cetro de oro de tu palado la
dorada puerta, y tras ella el riquísimo tesoro que
gozará el mortal que la halle abierta.

Y al ofrecernos el Maná deseado, nos dices:
"Huye del Egipto" inmundo, y sin pensar jamás en
el pasado vuelve la espalda al mentiroso mundo.

Conságrate al Señor en cuerpo y alma, en mi
poder y protección confía, y te prometo
deslumbrante palma en su Patria bendita que es
la mía.

Así lo haré, Niña encantadora. Renuncio al mundo
y a su pompa vana; renuncio a la serpiente
engañadora, y allí hallaré el maná por la mañana.

En prenda, ¡oh Niña!, de fervor sincero hoy te
ofrezco estas lilas perfumadas; son emblema de
amor, de amor primero y por eso a ti quedan
consagradas.